



La importancia de las Cinco Metas de *Courage* en nuestra lucha por alcanzar la santidad

Por el padre Richard Samour *

Para desarrollar este tema es importante aclarar lo que es una meta y cuál es el objetivo de establecer metas en la vida. Además, hemos de saber qué es y qué no es la santidad. Cuando hablamos de metas, básicamente nos referimos a lo que se quiere lograr, para luego comprometernos a ello. El objetivo es establecer una decisión personal.

Como hijos de Dios y personas de fe, nuestro mayor anhelo es alcanzar la vida eterna, como dice el salmo 62: «mi alma está sedienta de Ti; mi carne tiene ansia de Ti». El camino perfecto hacia la vida eterna es la santidad y la vivencia de una vida virtuosa. Dios estableció los Diez mandamientos para el pueblo de Israel como una nueva manera de vivir. Dios sabía que, si lo dejaba actuar por sus propios medios, haría cosas inadecuadas porque, de hecho, los hombres y mujeres de Israel no tenían normas para vivir su vida, porque tampoco tenían metas.

La meta de Dios para nosotros es «[que seamos] santos como Él lo es» (Lev. 11,45). Por eso nos dio los Diez mandamientos. Además, como dice San Pablo, «por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Rom. 3,20). Los Diez mandamientos son ese «semáforo» que está en verde y nos va midiendo cuando nos pasamos; cambia a amarillo cuando cometemos pecados veniales y cambia a rojo cuando cometemos pecados mortales.

La santidad es una decisión personal

Al ser la santidad una decisión personal, nuestra mirada apunta más allá de lo que ven nuestros ojos, es cantar con el salmista, «una cosa he pedido al Señor, y esa buscaré: que habite yo en la Casa del Señor por todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y para meditar en Su templo santo» (Salmo 27, 4). La santidad significa ser consagrado, o sea, separado exclusivamente para un plan y propósito. Es estar disponible para el uso exclusivo de Dios. El Papa Francisco lo explica de manera sencilla refiriéndose a «los santos de la puerta de al lado»:

Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante... Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales.

Por consiguiente, la santidad no tiene nada que ver con la apariencia y forma externa, no se trata de guardar regulaciones y reglas que han sido colocadas por hombres. Con todo esto, yo les pregunto ¿quieren ser santos? ¿anhelan esa vida eterna? ¿están puestos sus ojos en el Corazón de Jesús?

Como todos sabemos, la castidad es un camino que nos lleva a ese anhelo de morar en la Casa de Dios. El padre John Harvey, desarrolló un sencillo pero efectivo plan

espiritual para redireccionar nuestras vidas. «La finalidad de un plan de vida es dar una dirección para vivirla en el contexto de la fe cristiana. Un plan de vida no es el camino más fácil para la felicidad, sino una reevaluación radical desde un punto de vista inadecuado. Es una determinación profunda de redireccionar la voluntad en la búsqueda de Dios; conduce a la formación gradual de las prácticas sistemáticas que están diseñadas para ayudar a la persona homosexual a que logre estos objetivos».

Durante las primeras reuniones en Nueva York, el padre Harvey, junto a los primeros siete miembros de *Courage*, estableció metas claras, sencillas pero profundas que nos ayudan a ser santos. Y no me refiero a tratar de ser santos, es como Dios nos invita y nos dice «sean santos porque Yo soy santo» (Lev. 11, 44). No nos dijo traten de ser santos. Pero debemos saber que el diablo tampoco quiere que estemos en intimidad con nuestro Padre Dios. Por eso es bueno que conozcamos sus estrategias y sepamos cómo combatirlas, pues el «padre de las mentiras» no descansa, siempre trata de alejarnos de la Verdad, es decir, de Dios.

Las Cinco Metas de Courage

Primera Meta: la castidad

«Vivir vidas castas de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia Católica sobre la homosexualidad».

La castidad es un llamado para todos, no solo para aquellos que tienen atracción al mismo sexo. Debemos vivir la castidad según nuestra vocación. Sin embargo, el «príncipe de este mundo», como llama San Pablo al demonio, les dirá que eso es imposible. El diablo les hará creer que no son lo suficientemente buenos y que no tiene sentido lo que piensan. Es fácil caer y creer esta mentira común, independientemente de nuestra vocación.

Cuando nos sentimos indignos, podemos imaginar falsamente que Dios no nos ama que no está ahí para nosotros. Eso es exactamente lo que el demonio quiere que creamos. «Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad. Más bien, me gloriaré de todo corazón en mi debilidad, para que resida en mí el poder de Cristo» (2 Corintios 12, 9).

El ejemplo de los santos —especialmente aquellos que compartieron nuestra vocación o aquellos que compartieron nuestras luchas— puede ayudarnos a contrarrestar la mentira de que no somos dignos o de que es imposible vivir la castidad. Por ejemplo, en una madre que se preocupa y se pone ansiosa por la fe de sus hijos vemos reflejada a Santa Mónica, que clamó a Dios durante años en agonía por su hijo perdido. Si alguien batalla con la lujuria o las tentaciones de la carne, puede recurrir a San Agustín que luchó con esos pecados. La siguiente oración es

una buena manera de alejarse de los pensamientos de indignidad y pedirle ayuda a Dios a través de sus santos:

Señor, Dios Todopoderoso, mira nuestra debilidad y dado que la carga de nuestros propios actos pesa sobre nosotros, que la gloriosa intercesión de San Agustín (o el santo de su elección) nos proteja a través de Cristo Nuestro Señor.

Segunda Meta: Oración y dedicación

Esta segunda meta de la vida de oración continua, la recepción frecuente de los sacramentos y la dirección espiritual es fundamental. Sin embargo, el demonio tratará hacernos creer una y otra vez que no tenemos tiempo para rezar. El demonio odia la oración. En el *Manual para el combate espiritual*, el autor, Paul Thigpen nos dice que «podemos ver cuánto teme el demonio a quienes rezan, ya que no hay un momento del día en que nos tienta más que cuando estamos orando. Él hace todo lo posible para evitar que recemos. Cuando el demonio quiere hacer que alguien pierda su alma, comienza inspirando en él un profundo disgusto por la oración. Por muy buen cristiano que sea, si el diablo logra hacer que diga mal sus oraciones o las descuide por completo, seguramente tendrá esa persona para sí».

En nuestras vidas ocupadas, podemos caer fácilmente en la trampa de creer que no tenemos tiempo para orar. Sin embargo, la *Biblia* no nos da una excusa, sino un mandato con respecto a la oración. San Pablo nos dice «Orad sin cesar» (Ef. 6,18). Jesús implora a sus discípulos en el Huerto de Getsemaní: «Levántense y oren para no caer en la tentación» (Lucas 22, 46). Un arma muy poderosa para no caer en tentación y mantenerse de pie en la lucha y levantarse si se cae, es el rezo del santo rosario. Es una oración que el demonio no puede soportar. ¡Mediten y recen el rosario!

Tercera Meta: hermandad

«Fomentar un espíritu de hermandad en el cual podamos compartir unos con otros nuestros pensamientos y experiencias, y así asegurarnos de que ninguno de nosotros tenga que enfrentar solo los problemas de la homosexualidad».

El ambiente en el cual vivimos influye. A menudo vemos cómo la sociedad se ha desviado del camino del bien, de la búsqueda de la verdad, de las decisiones moralmente correctas y, por lo tanto, de la santidad. Ahora se ofrecen otras opciones, y ante esta lucha en la sociedad, es necesario e importante para todo ser humano que quiere seguir el camino del bien, contar con un buen grupo de amigos. Como dice el refrán: «Dime con quien andas y te diré quién eres».

A veces, la ansiedad o quizá el deseo de ser amado o aceptado nos lleva a buscar amistades que no nos ayudarán en lo absoluto. Recordemos el gran amor de Dios en las Sagradas Escrituras: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de Él. El que cree en Él no es condenado, pero el que no cree ya está condenado por no haber creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios» (Jn. 3, 16-18). No hay que temer entregarnos a Dios, nuestro amado Padre y Creador. Satanás quiere que veamos nuestros problemas en lugar de mirar a Dios. El demonio sabe que la respuesta final a nuestros problemas solo puede provenir de Dios, por lo que quiere que nuestras mentes se preocupen por esas cosas que nos impiden pensar en Dios. El miedo es una de sus herramientas más útiles porque nos hace perder la confianza en Dios y nos impide tener un apropiado «temor al Señor».

Cuarta Meta: apoyo

«Estar conscientes de la verdad que las amistades castas no solamente son posibles, sino necesarias en una vida cristiana casta; y alentarnos unos a otros en iniciar y sostener esas amistades».

Por eso El Señor Jesús no nos quiso dejar solos. Primero, no somos huérfanos, tenemos a nuestra Sagrada Familia, María y José como padres espirituales y modelos. Además, nos dejó a la nuestra Santa Madre Iglesia como institución espiritual para acompañarnos en nuestras luchas. El apostolado *Courage* es una «rama» de esta Iglesia santa y pecadora. Santa por Jesucristo y pecadora porque somos nosotros quienes la integramos.

El apoyo, es básico y clave en nuestro caminar espiritual. No estamos solos, no debemos sentirnos abandonados, ni rechazados; como miembros de la familia de Dios, Él siempre nos acompaña. Toma mucho valor y humildad reconocer que solos no podemos.

Los doce pasos de Alcohólicos Anónimos hablan de que «decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios, como nosotros lo concebimos». Obviamente nosotros concebimos a Dios como nuestro Creador, nuestro Padre y guía. No estamos solos. El demonio nos hará creer que lo estamos, que no tenemos apoyo. Dice San Pablo, «Nosotros, por el contrario, seamos sobrios, ya que pertenecemos al día: revistámonos con la coraza de la fe y del amor y cubrámonos con el casco de la esperanza de la salvación». (1 Tes 5, 8). Por lo tanto, no hay que desesperar, la tentación de la desesperación es una táctica muy poderosa del enemigo. Si perdemos la esperanza de nuestra salvación, abrimos nuestras mentes a todos los pensamientos venenosos que el enemigo busca plantar allí. Si llegamos a

la conclusión de que no tenemos esperanzas de ganar la batalla, ¿por y para qué pelear? Eso es lo que «el señor de la mentira» quiere hacernos creer.

Recordemos una vez más a San Pablo en su carta a los Romanos «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? Como dice la Escritura: Por tu causa somos entregados continuamente a la muerte; se nos considera como a ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom 8, 35-39).

Quinta Meta: testimonio

«Vivir nuestras vidas de manera que sirvan como buenos ejemplos y modelos para los demás».

Nuestras acciones no nos definen como personas. No somos personas malas por nuestros pecados, ni somos más «santos» cuando nos confesamos. Dios nos ha creado con un fin y propósito, no estamos aquí para ser macetas de corredor, estar de adorno. Al contrario, tenemos la capacidad y los talentos que Dios nos ha dado. No somos nosotros, es Dios. En la misa recordamos siempre esto cuando decimos: «Señor no soy digno que entres a mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme».

La Sagrada Escritura nos señala la manera de dar testimonio: «Asimismo, exhorta a los jóvenes a que sean prudentes; muéstrate en todo como ejemplo de buenas obras, con pureza de doctrina, con dignidad, con palabra sana e irreprochable, a fin de que el adversario se avergüence al no tener nada malo que decir de nosotros» (Tito 2, 6-7).

Como ya hemos mencionado, contamos con el ejemplo de muchos santos y héroes en la Biblia que, a pesar de haber vivido fuera de la ley del Señor, al convertirse y perseverar en el camino de Dios alcanzaron la santidad: Todos conocemos la vida de Moisés, quien mató a un soldado del faraón; David, quien tuvo una relación inmoral con la esposa de su soldado; San Mateo que era publicano; San Dimas, el buen ladrón de la cruz; San Pablo, que no era ningún bonachón, sino un asesino de cristianos; y San Agustín quien le dijo al Señor, «quiero ser casto, pero todavía no». Y, sin embargo, su encuentro con el Señor transformó sus vidas, por lo que ahora los reconocemos por su vida ejemplar.

¿Conocen la vida de Santa María de Egipto? Santa María de Egipto fue una asceta que se retiró al desierto tras una vida de prostitución. Con motivo de una peregrinación a Jerusalén para la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, se embarcó hacia Palestina, pero no con la intención de peregrinar, sino con el deseo de tener nuevas oportunidades de poner en práctica la lujuria. Su biografía detalla que cuando María de Egipto intentó ingresar a la iglesia del Santo Sepulcro durante la peregrinación, una fuerza invisible le impidió hacerlo: era la solemnidad de *Theotokos*, María la Madre de Dios.

Tras intentar entrar tres veces se retiró a un rincón del patio de la iglesia y sintió remordimiento por sus actos. En ese momento posó sus ojos en una estatua de la Santísima Virgen y lloró desconsoladamente pidiendo perdón a Dios. Luego intentó entrar de nuevo a la iglesia y esta vez le fue permitido. Días después María de Egipto recibió la Comunión en el monasterio de San Juan Bautista en la ribera del río Jordán, y se internó en el desierto que se prolonga hacia Arabia, lugar donde vivió cerca de 47 años dedicándose a la oración, meditación y mortificación.

En el desierto conoció a un sacerdote de nombre Zósimo, a quien le hizo prometer que la encontraría en el Jordán la noche del Jueves Santo del siguiente año y para llevarle el Sacratísimo Sacramento. Y así fue, al año siguiente María de Egipto recibió la Eucaristía y levantó sus manos hacia el cielo gritando en voz alta las palabras de Simeón: «Ahora puedes disponer de tu siervo en paz, oh, Señor, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación».

Queridos amigos, la santidad es una meta que nos asegura la vida eterna; el mundo nos ofrece otro tipo de vida que no asegura nada, antes bien, nos ofrece de manera muy astuta la muerte espiritual. Este es el día, hoy es el momento de tomar esa decisión y decir: «*Totus tuus* María...llévame hacia Cristo». No estamos solos, no estamos abandonados, ni rechazados. ¡Somos bienvenidos en la Casa de Dios!

Que Dios los bendiga.

**El padre Richard Samour es capellán de Courage y EnCourage en la Arquidiócesis de San Antonio (Texas) tanto en inglés como en español, y también es capellán de EnCourage online en español. Esta charla se ofreció en la Conferencia anual internacional Courage & EnCourage 2020 en línea.*